

DE LA COMUNIDAD REAL A LA COMUNIDAD DEFENDIDA (EL CASO DEL NACIONALISMO VASCO)

José Ignacio Ruiz Olabuenaga

I. LA INFRAESTRUCTURA SOCIAL

La Década de los Setenta

La década de los setenta significa, para el País Vasco una ruptura histórica a la que no estaba habituado desde hace más de un siglo, cuando los primeros filones de rubio le introdujeron de lleno en la dinámica de la corriente industrial de occidente.

La modernización de las ferrerías vascas, iniciada en la segunda mitad del siglo pasado, rompió con dos constantes que parecían alma y sangre social del Pueblo Vasco; la primera constante, el quehacer agrícola, comenzó una desaceleración vertiginosa que redujo a la práctica inexistencia de los agricultores vascos: el 6% en Vizcaya, el 10% en Guipúzcoa, el 12% en Alava y el 2% en Navarra es todo lo que queda ya de un pueblo, cuyo símbolo más expresivo fue precisamente el del "cashero" cultivador de la tierra. La segunda constante, el intercambio comercial, que los puertos de Bilbao, Bermeo, San Sebastián y Pasajes, no menos que los pasos fronterizos hacia Europa, habían fomentado para la consolidación de una fuerte élite de burgueses y comerciantes de talante europeo e indiano, perdió sus soportes tradicionales de las lanas castellanas y de los productos de Indias y cedió su hegemonía al desarrollo industrial.

Desde entonces, el obrero y no el labrador, el empresario y no el comerciante fueron los jalones de la marcha económica del País; Alava y Navarra perdieron su

poder económico, que era demográfico y agrícola, y Guipúzcoa y Vizcaya tomaron el liderazgo de un nuevo ciclo histórico. Fue aquel un momento de auténtica crisis nacional que provocó una serie de reacciones políticas, sociales y económicas en cadena cuyas convulsiones han marcado la historia reciente de los vascos.

Entre las innumerables consecuencias del giro económico vasco del siglo XIX destaca una que ha permanecido constante hasta la década del setenta. El País Vasco desde entonces ha ido ganando posiciones económicas en el ranking de las regiones españolas. Su carácter periférico, lejano, marginal, y casi accidental, en la marcha sociopolítica de España, se transforma en condición medular, esencial y promotora de todo el desarrollo del Estado español.

El liderazgo tecnológico y la potencia económica de los vascos colocan a éstos al frente del tren económico español. El País Vasco comienza a presentar los índices más altos de renta per cápita, sus poblaciones provincianas y localistas se ven inundadas de inmigrantes que llegan de toda la geografía española, proliferan y crecen sus industrias y sus bancos y hasta llega a desarrollarse un movimiento imperialista de invasión económica del resto de España por parte de los capitales y la agresividad de los empresarios vascos.

Lo que a fines del siglo pasado fue monopolio, casi exclusivo, de la margen izquierda del Nervión, desde Bilbao hasta el mar, y de algunos núcleos dispersos de Guipúzcoa, como Eibar, Mondragón, Beasain... se convirtió en tónica general para todo el País, a partir de los últimos 25 años y del boom industrial español.

Las cuatro capitales han perdido su carácter provinciano, las cuatro provincias han sido aturcidas por la inmigración laboral extravasca, el millón y medio escaso de habitantes se ha convertido en dos millones y medio largos. Un millón nuevo de habitantes en los últimos 25 años a los que -si los cálculos demográficos no resultan

incorrectos- se sumará otro nuevo millón en los próximos veinticinco.

Esta espiral vertiginosa de crecimiento, de desidentificación, de amontonamiento de personas, máquinas, vías de comunicación, edificios e instalaciones ha sido sacudida por el seísmo de la crisis energética de un lado y el de la Pascua democrática por otro. La conmoción social producida ha servido de catalizador político para una reflexión colectiva forzosa (que algunas mentes claras hace tiempo venían ya reclamando) sobre lo que se "está cocinando en la olla del País Vasco".

El catalizador ha operado en forma de pánico, de auténtico susto, de sorpresa en unos y de despecho en otros, por el shock de un futuro que, de repente, se ve todo negro, trágico y casi postrimero. Es el shock de un futuro que, entre sus regalos más leves, traerá la marginación económica, la pérdida de liderazgo y del confort y, si se confirman los augurios de los agoreros, el holocausto nuclear, la asfixia ecológica y el caos administrativo.

El shock, sin paliativos y sin caretas, ha sobrecogido a todos, a propios y extraños, a nativos e inmigrantes, a débiles y poderosos, obreros y empresarios, a intelectuales y a peatones de la academia, a políticos, sindicalistas, administradores y, sobre todo, a todos los electores.

No son pocos los que, en efecto, han preconizado como definitiva la muerte de la hegemonía económica vasca. Y, al amparo de este crepúsculo, han comenzado a revolotear por sobre la opinión pública vasca toda una nube de murciélagos negros presuntos herederos de la noche que se avecina.

Se habla, por ejemplo, de la descapitalización acelerada de la industria vasca que, a no tardar mucho, se verá esterilizada, avejentada en su tecnoestructura productiva. La fuga de capitales, que priva del oxígeno

necesario a todo proceso de producción y que busca en ambientes menos hostiles y más generosos a su esfuerzo inversor, es comentada ampliamente en la prensa diaria.

Se habla de un caos administrativo que acabará bloqueando toda posibilidad de residencia, de movimiento, de transporte y de tráfico.

Se comenta en todos los tonos la pérdida de liderazgo tecnológico por una torpe política de inversiones que mantiene industrias de remolque y deja escapar o no sabe atraer las industrias punta que dinamizan todo el proceso productivo postindustrial.

Se lamenta la falta de un plan general que asiente debidamente las nuevas olas demográficas, que ordene el suelo industrial o prevea los equipamientos colectivos y servicios necesarios a una población de aspiraciones sociales siempre crecientes.

Se protesta contra un enrarecimiento del medio ambiente urbano, contra un empobrecimiento del parque ecológico y hasta contra la probabilidad de un holocausto nuclear colectivo.

Se teme una recesión en cadena que cambie las mareas migratorias transformando de nuevo el País en un páramo postindustrial donde el paro laboral obligue a la población a buscar nuevos bancos de trabajo.

Se pronostican movimientos sociales de protesta provocados por un afán colectivo de supervivencia popular que se autodefende frente a una Administración inepta o corrompida. Se auguran no menos otros movimientos políticos para capitalizar con su violencia y extremismo las frustraciones y resentimientos de las masas.

Este ocaso del País Vasco está muy lejos, sin embargo, de ser una fatalidad inevitable por más que los síntomas del deterioro socioeconómico sean innegables. Aún es posible alejar de nuestro cielo los muciélagos

negros del fracaso y atraer a él de nuevo las golondrinas blancas del éxito de todos.

De los Pueblos y las Gentes

Las gentes del País Vasco representan solamente el 7,01% de la población española, pero producen el 9,01% del Producto nacional bruto y residen en un escaso 3,5% de todo el espacio nacional. Fuera de las aglomeraciones metropolitanas de Madrid y de Barcelona, el País, sobre todo las tres provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, constituye una amplia metrópolis diseminada, que se va densificando progresivamente en el marco de una geografía incómoda, que apenas permite escasos y tortuosos intersticios para los asentamientos urbanos.

La complejidad del relieve físico, en el que abundan los desniveles y escasean las tierras llanas, ha dado una significación histórica -económica y política- al protagonismo del suelo. Jamás existieron grandes vías de comunicación ni vastas explotaciones agrícolas, ni extensos conjuntos urbanos. Agricultura intensa, explotación de monte, poblaciones de caserío y caminos de herradura, fueron el precio de una geografía tan incómoda y molesta para la vida social como bella y atractiva para la estética.

La lucha por un suelo escaso -además de difícil y bello- ha convertido a la inmensa mayoría del País Vasco en un inmenso campo de batalla en el que uno no sabe de qué sorprenderse más, si de la tenacidad e ingenio para arrebatarse a la naturaleza, metro a metro, su difícil riqueza de espacio, o de la desconsideración con que el torbellino industrial ha arrasado su belleza natural. Todo parece como si hubiera sido una batalla entre titanes en la que el industrialismo se hubiera abierto paso contra la naturaleza con uña y dientes de voracidad insaciable.

Lo cierto es que hoy la hegemonía industrial y el poder económico del País se apoyan en dos grandes explotos, el de la naturaleza y el de las residencias humanas.

Los caminos de herradura se han transformado en carreteras pero (salvo muy contadas excepciones) manteniendo sus angosturas, sus puentes en traviesa, sus badenes mortales y sus curvas ciegas. Con mucha frecuencia el tren, el río y la carretera siguen disputándose los angostos pasillos de las cuencas y, con frecuencia también, se inundan cuando la naturaleza se empeña en cobrar el peaje de sus aguaceros. Las antiguas villas tricallejeras de Barrencalle, Artecalle y Coyencalle siguen siendo el núcleo central de nuevas aglomeraciones que arraciman automóviles, camiones, autobuses, hombres, talleres y viviendas.

Se ha pasado del millón y medio de habitantes, de hace veinticinco años, a los dos y medio de habitantes, siguiendo fundamentalmente el mismo esquema de asentamiento urbano y empalmes viarios; lo cual supone -con inevitable alarma para cuantos piensan en futuro- que en el País seguirá imperando la ley de la guerra sin un plan estratégico que ponga paz en la rapacidad del suelo y orden en el desarrollo.

No existe, por ejemplo, un plan mínimo que sistematice las alternativas básicas de asentamiento para las cuatro provincias. No existe garantía de futuro que permita expansiones lentas y calculadas con tiempo suficiente. Bilbao, continúa ignorando si el Valle de Asúa será su futuro conjunto residencial, su futuro garaje y almacén para el gran superpuerto, o un híbrido de taller, residencia y descanso del transporte rodado.

Los indicadores de imprevisión son abundantes y dolorosos. He aquí algunos.

- Desde los años treinta no se ha contruido ninguna obra de infraestructura viaria férrea, ni siquiera se han

ampliado las redes existentes, sino que, todo lo contrario, han desaparecido varias líneas férreas de cercanías.

- El aumento de población, de movilidad de personas y de tráfico de mercancías ha debido resolverse con un recargamiento de las líneas antiguas o una invasión de las carreteras a base del transporte privado.

- El encarecimiento de la "alternativa privada" en el transporte se viene a sumar a los atascos de tráfico y a la incomodidad ciudadana de unas carreteras contruidas para tráficos incomparablemente menores.

- La elección del transporte privado sin la correspondiente ampliación de infraestructura viaria ha provocado un efecto contraproducente. Ha obligado a la población a preferir la estructura urbana concentrada en grandes núcleos de población sin las ventajas y la economía de los transportes y equipamientos colectivos.

- Movidas por la misma "escasez" de oportunidades de acceso las industrias han pretendido los puntos centrales en busca de cortedad de distancia, de oferta de suelo y de adquisición de mano de obra ya concentrada. El resultado catastrófico ha sido una congestión de tráfico de personas y de mercancías, de vivienda y de talleres, de barriadas y de empresas.

- Consecuencia de tan selvática aglomeración ha sido la coexistencia urbana del camión, el autobús escolar y el turismo familiar, de la vivienda, el taller y la tienda, del garaje, la farmacia, la escuela, el almacén y la fundición.

Concentración, privatización y aglomeración indiscriminada han sido, y continúan siendo, las tres coordenadas urbanas que rigen el asentamiento de las gentes del País Vasco.

Esta situación, ya de por sí explosiva, se irá agravando progresivamente si no se alteran sus tres

coordinadas fundamentales. Aún sin la inyección inmigratoria propia de los centros industriales, el País Vasco dispone de una población extremadamente joven en la que el 43,4% aún no ha cumplido los 25 años, a punto de iniciar un "baby-boom" con nuevo aumento en la demanda de vivienda, de puestos escolares y de equipamientos colectivos.

El País Vasco está ya preso por esta espiral social del desarrollo que le obliga a una expansión acelerada de sus oportunidades de trabajo, de sus oportunidades de residencia, de ocio y educación. Un estancamiento o incluso la simple estabilización, supondría la frustración de las próximas generaciones más abundantes y, sobre todo, más exigentes.

El País Vasco está socialmente hipotecado a su propia juventud sin otra alternativa que la frustración y la deserción migratoria de las que desde hace ya cien años se creían ya liberados.

El desarrollo, por consiguiente, ha dejado de ser una opción política o administrativa y se ha transformado en imperativo de paz demográfica. Ahora bien, como ya hemos advertido más arriba, o se alteran las tres coordenadas del pasado (concentración, privatización de la movilidad, aglomeración indiscriminada) o la presión demográfica con su imperativo desarrollista no harán sino ensombrecer forzosamente, aún más, el futuro vasco.

Tres núcleos centrales de aplicación concreta parecen condensar la problemática presentada por la evolución demográfica.

- La población del País Vasco, acostumbrada a ocupar los primeros puestos de la renta per cápita en el ranking español, no aceptará sin protesta una pérdida relativa de bienestar social. Razón por la cual, la maquinaria económica del País debe seguir siendo capaz de garantizar la capacidad de trabajo y de productividad

que hasta ahora promovieron tal situación de privilegio social.

- Ello obliga no sólo a un alejamiento del espectro del paro sino, aún más, a una promoción cualitativa de la tecnología y la productividad que permita a las empresas conservar su liderazgo económico. La promoción de industrias y servicios de "punta", el desarrollo y la captación de la tecnología más avanzada, la innovación organizativa y managerial, el empeño inversor y multiplicador de nueva formación de capital bruto, no son sino premisas obligadas para que el País pueda continuar siendo el reducto de preeminencia que logró ser hasta ahora.

- La población ha sido informada por los estudios realizados y llevados a cabo por equipos de trabajo nada sospechosos de demagogia como el Banco de Bilbao, Cámaras de Comercio... que el Estado español extrae del País Vasco un elevado conjunto de recursos que, sólo en muy corta medida, revierte a la Región en forma de prestaciones del sector público.

- Tal situación, que pudo ser ocultada y tolerada en un sistema político personalista y centralista como el recientemente superado, comienza a ser intolerada e intolerable desde el momento que se ha establecido un régimen parlamentario de discusiones públicas, de responsabilidades compartidas y, sobre todo, de descentralización y autonomía administrativa.

- Sin oponerse a las obligaciones que una respetuosa solidaridad nacional pudiera dar lugar, los vascos comenzarían a exigir mayores atenciones y prestaciones del Sector público en la administración de aquellos recursos que la misma Región ha producido, si no la Administración misma de todos ellos.

- La población adulta del País Vasco está compuesta en gran medida por ciudadanos a quienes la miseria y el instinto de supervivencia obligó a abandonar sus tierras

de origen emigrando en busca de mayores oportunidades. Gran parte del proletariado vasco está compuesto de inmigrantes. Inmigrantes que en Vizcaya, por ejemplo, suponen casi el 53% de la población entre 20 y 65 años.

- Si esta generación ha satifecho, tal vez sus aspiraciones de vivir con las condiciones de una vida urbana, laboral y social, de escaso desahogo y mirando hacia atrás en busca de solaz, la próxima, más asentada y nacida en esta tierra, exigirá y reclamará una mayor parte de la mesa social. Las aspiraciones sociales de bienestar social y de equipamientos colectivos se acrecentarán ostensiblemente obligando a un mejor reparto y a una administración más esmerada de la cosa pública. La democracia política no hará sino fomentar y urgir aún más la satisfacción de tales aspiraciones.

La Metropolitanización

Uno de los orgullos más asentados entre los vascos proviene de su histórica democracia municipal con la que concejos, merindades, encartaciones, señoríos y diputaciones eran administrados mediante una representatividad igualitaria de todos sus compromisarios.

Tal democracia era posible merced a una infraestructura urbanística compuesta de villas todas ellas de parecido peso demográfico y potencia económica.

El País estaba cubierto por una red de villas sistemáticamente escalonadas a lo largo de los ríos y los caminos, de los valles y de los puertos. la "jerarquía funcional" de que gustan hablar los urbanistas no existía en todo el País, no obstante que Pamplona y Vitoria primero, Bilbao y San Sebastián después, ocuparon el rango de cabeceras regionales.

Desde hace una década, por el contrario, las capitales de Alava, Guipúzcoa y Navarra, han iniciado el proceso de metropolitanización que Bilbao comenzara el

siglo pasado. El Gran Bilbao supone ya el 85% de la población de Vizcaya. Los municipios de su entorno, como Baracaldo, Sestao, Basauri, Portugalete, Santurce, Guecho, han pasado a convertirse en suburbios de la conurbación bilbaina.

Vitoria, con un crecimiento vertiginoso que aún no ha comenzado a remitir, significa ella sola más del 71% del total provincial.

Algo muy semejante ocurre en San Sebastián a la que se adhieren urbanísticamente Irún, Rentería, Pasajes, Hernani, alcanzando a su vez este conjunto el 45,5% de toda la Provincia.

Pamplona, finalmente, con Villava, Burlada, Ansoain, Cizur, Olza, Galar... aglomera a más del 41% de la población navarra.

El significado de esta revolución urbanística del País Vasco es doble, social y política. En el marco social, implica una masificación de la vida colectiva con la multiplicación de barriadas, las complicaciones organizativas de una administración gigante, las luchas sociales centro-periferia, las densidades asfixiantes y las distancias agobiadoras. Los problemas de la planificación urbana y las graves consecuencias de ésta, cuando se ejecuta erróneamente, pasan a ocupar el primer lugar entre las preocupaciones públicas provinciales. Los problemas de saneamiento, higiene, contaminación, tráfico, etc... del Gran Bilbao son ya los de prácticamente toda la Provincia. Su complejidad, sin embargo, es mucho mayor que la mera suma de lo que sería el conjunto equivalente de pequeños municipios.

La creación de grandes maquinarias urbanas, como son estos centros metropolitanos, acarrea consigo la dinámica de las grandes organizaciones con sus poderosas burocracias, su multiplicación de entidades administrativas y, consiguiente, la lentitud de las gestiones, las repercusiones múltiples en cadena de una decisión equi-

vocada, la imposibilidad de atender adecuadamente desde el centro a la periferia, el desarrollo de la dictadura administrativa... etc... etc.

En el marco político esto se traduce en la proletarianización de la vida urbana, el abandono de los barrios pobres, el aumento de frustración de las capas populares ante los equipamientos colectivos inexistentes o deficientes, la violencia larvada, la forzosa aparición de grupos y organizaciones de autodefensa urbanística, cuya alternativa única es la postura violenta ante una administración lenta, ineficaz y, casi inevitablemente, injusta con las periferias. La dictadura urbanística de la metropolización acarrea consigo el izquierdismo violento como mecanismo de supervivencia. Del izquierdismo político urbanístico se pasa insensiblemente al izquierdismo político nacional. Por donde se concluye que Provincias tan tradicionales, políticamente hablando, como Navarra y Alava, han iniciado un progreso de izquierdismo que alterará el comportamiento político futuro de estas provincias.

Es sobre todo la planificación urbana de estos conjuntos metropolitanos la que se transforma en permanente campo de lucha y de reivindicación político-social entre tres fuerzas antagónicas e irreconciliables, a saber, la de los grupos de poder que se afanan por manipular las decisiones claves en función de sus intereses especulativos, la de los tecnócratas empeñados en resolver las inexplicables ecuaciones del problema urbano en función de una efectividad teórica (y utópicamente) neutra, y la de las masas populares en reclamación de un reparto equitativo y justo casi siempre físicamente imposible.

Armagedón urbano-político en el que sobresalen, más por el afán de defensa de sus posiciones ultra que por la búsqueda real del bien común, el interesismo de los poderosos, la utopía ingenua de los tecnócratas y las demagogías maximalistas de los débiles.

El mayor problema político del País Vasco en los próximos años va a ser, sin duda alguna, su problema metropolitano. Sus cuatro ciudades -Bilbao, Vitoria, San Sebastián y Pamplona- van a ser no sólo el espacio del terrorismo y de la guerrilla, sino el frente a conquistar.

Los desiertos

La metropolitanización del País lleva consigo una diástole social, la creación de desiertos urbanos en cada provincia y un paquete nuevo de problemas cuya solución acarreará nuevos enfrentamientos sociales.

El escaso peso demográfico que en el futuro tendrán los entornos provinciales acarreará su olvido administrativo con un empeoramiento progresivo frente a los equipamientos colectivos de las grandes ciudades. Las poblaciones provinciales serán aún más olvidadas y marginadas ante la urgencia y la gravedad de los conflictos y las demandas metropolitanas. Los provincianos gradualmente irán pasando a la categoría de ciudadanos de segunda categoría.

Una revalorización ecológica de la naturaleza en los espacios rurales se enfrentará (se ha enfrentado ya) con una presión urbana industrial para implantar en ellos las instalaciones industriales que los núcleos urbanos no toleran por contaminantes, molestas o peligrosas.

La secular lucha entre campo-ciudad vuelve a renovarse con nuevos intereses, nuevos grupos de poder y nuevas armas de combate.

El conflicto especulativo del Valle de Belagua, la polémica de la Central Nuclear de Lemóniz, las reservas de los pantanos de Zadorra, el conflicto del agua de Navarra, el pantano de Segura, las canteras de Amboto en el Duranguesado, el intento de Central Nuclear en Deva,

son unos pocos ejemplos, pero reveladores, del nuevo planteamiento político-social de la desertización de los espacios provinciales.

Los desiertos, precisamente por serlo, han comenzado a representar una riqueza potencial para las grandes metrópolis. Por ello mismo, su propiedad y su uso han comenzado a ser centro de conflictos y enfrentamientos colectivos.

Los Barrios

El efecto social más espectacular del proceso metropoli-desertización del País Vasco ha sido, sin ninguna duda, la creación de los Barrios urbanos. Un indicador de este boom urbanístico consiste en el número de familias residentes en casas fabricadas después de 1955. Vizcaya ocupa el primer lugar de toda España, Alava el 2º, Guipúzcoa el 6º y Navarra el 13. Estos índices que se remontan a 1968 serían hoy aún más expresivos.

Dos fuerzas poderosas han provocado esta sístole-diástole demográfica. Más del 60% del crecimiento demográfico habido en el País Vasco en los últimos 25 años se debe a la inmigración extraprovincial. Por si esto fuera poco, el 30% de los nativos de Vizcaya, Navarra, Guipúzcoa y Alava han cambiado de municipio de residencia. Este gigantesco movimiento de población ha tenido que encontrar vivienda nueva y la ha hallado casi exclusivamente en las grandes barriadas nuevas.

No es exageración afirmar que jamás en toda su historia habrá el País sufrido tal impacto y, sobre todo, tal reconversión urbanística como la que está experimentando en estos últimos años. Si la población de villas que conocieron los siglos XII y XIII causó un impacto que no ha sido "tocado" hasta nuestro siglo, el actual modelo urbanístico del País puede ser y lo será

con toda probabilidad, el marco de convivencia que conocerán muchas generaciones de vascos por venir.

En este sentido la responsabilidad histórica del actual génesis urbano del futuro País Vasco no puede ser exagerada suficientemente. Nunca el marco político, el marco económico y, sobre todo, el marco administrativo, dentro de los cuales se está construyendo han sido tan cruciales ni tan responsables ante la sociedad y ante la historia.

Es en este contexto en el que adquiere todo su sentido el disparate político y la injusticia social que comprenden el actual sistema urbano imperante en todo el País. Sería farsa acudir, como justificante, a la normativa de la Ley General del Suelo o a las modificaciones subsiguientes introducidas en ella, ante el espectáculo vergonzoso de nuestras ciudades y barriadas. La Ley, muy acertadamente, ha sido acusada de honesta y hasta magnífica. Pero su inoperancia y su inutilidad han sido aún mayores. Sus cinco puntos centrales son verdaderos modelos de sensatez urbana. Son estos:

- El suelo debe disponerse en función de su utilidad pública y de la función social de la propiedad.

- Cargas y beneficios de la planificación deben repartirse equitativamente.

- Regulación del mercado de terrenos.

- Uso racional del suelo para control de las densidades.

- Adquisición pública previa de terrenos.

Si este es el marco legal, tal vez no existe mejor descripción y más desapasionamiento que la consistente en la negación palmaria de todos los cinco puntos de la ley.

Ni se ha regulado el mercado de terrenos que sufren una especulación escandalosa ni se ha racionalizado su uso tolerando unas densidades, repartos y emplazamientos inhabitables físicamente, ni se ha atendido a la función social de la propiedad ni los organismos municipales han adquirido terrenos con antelación suficiente para el control de la especulación. Y, donde esa compra se ha realizado, la especulación ha llegado por otros canales o la planificación se ha olvidado de los demás imperativos de un urbanismo racional, moderno y de acuerdo a las aspiraciones sociales de la sociedad.

Más que una repuesta a las aspiraciones sociales de los ciudadanos, el urbanismo ha respondido a las oportunidades de un capitalismo salvaje. Las fuerzas sociales que han dominado y domado el mercado empresarial de la industria, la agricultura y los servicios, han sido incapaces de dominar el capitalismo especulativo urbano que ha desatado sus demonios hasta límites públicamente criticados y desvelados por todos, pero nunca controlados más que por los verdaderos dueños del poder.

Ello ha desencadenado una pavorosa lucha de clases urbanas que se manifiestan en la existencia de unos barrios-isla de auténtica afluencia en cuanto a confort urbanístico, la existencia de no pocos barrios de asentamiento reservados a la clase media acomodada, y la existencia desgraciada y lamentable de ciertos barrios de subsistencia donde, al precio de una hipoteca casi vitalicia del salario y de los recursos vitales, se consiguen viviendas mediocres, casi sistemáticamente carentes de espacios verdes, con transportes públicos inexistente o de acceso difícil y escaso, infraestructura pobre en aceras, arbolado, alumbrado y pavimentación.

Subsisten, no obstante el desarrollo industrial del País, los barrios auténticamente Lumpen carentes de urbanización, de infraestructura sanitaria, de equipos escolares, de teléfono, de transportes y hasta de agua corriente.

No es necesario recurrir a falsas demagogias ni a campañas de subversión política; el mero contraste entre las condiciones de vivienda urbana que se advierten a cada momento y cada aspecto de la vida urbana, entre los barrios de afluencia y asentamiento por un lado y de subsistencia y Lumpen por otro, bastan para que germine una semilla de frustración y de resentimiento colectivos que exigen políticas de corrección, de revancha y hasta de venganza. Por muy sombrío que parezca, un observador imparcial del urbanismo vasco no puede menos de concluir que esta sociedad está tentada urbanísticamente a recurrir a la violencia colectiva para remediar el actual estado de cosas.

La proliferación asombrosa de Asociaciones de Vecinos, brotadas de la mayoría de las grandes barriadas, no son sino el producto más pacífico que podría haber generado la presente situación. Tales Asociaciones se debaten entre el sometimiento a un partido político (con la fuerza organizativa de tales máquinas y la debilidad de sus partidismo exclusivista) y la independencia política (con la fuerza de la comunidad de intereses y la debilidad de la pobreza organizativa).

Todo hace pensar que, si las Asociaciones de Vecinos no logran superar este impasse organizativo, la frustración urbana, sin cauces institucionales poderosos, puede degenerar en movimientos mesiánicos de redenciones sociales violentas.

Si la Metropolitanización urbana ya no demuestra, pronto y con hechos, ser partidaria decidida de la descentralización administrativa, creando los órganos de representación colectiva de los Barrios, se creará un vacío de poder en éstos y quedará preparada la masa para el pan revolucionario.

Los barrios urbanos de todo el País están sometidos actualmente a tres movimientos políticos casi irreconciliables, aunque hasta el presente, la condición de clandestinidad les haya forzado a ser compañeros de

viaje. Por un lado se advierte un poderoso movimiento de "manipulación" urbana controlado y fomentado por los partidos políticos ansiosos de capitalizar el capital de insatisfacción urbana existente en las grandes barriadas.

Se advierte, por otro lado, el movimiento de "reivindicación" que -desde la violencia del pacifismo-reclama que se subsane, al piú presto, el actual proletariado urbanístico a que están sometidos los barrios de Subsistencia y Lumpen que se ven a sí mismos explotados por los detentores de los resortes del capitalismo especulativo.

Finalmente, existe un potente movimiento de acceso a la "gestión" y de "participación" en el control y el uso de las plusvalías urbanas hoy reservadas a los privilegiados de los barrios de Asentamiento y de Afluencia.

El primero es una alternativa de colonización de los barrios por parte de los partidos; el segundo comprende un pacto de mutua ayuda entre intereses políticos e intereses urbanos; el tercero, finalmente, es un intento (un tanto utópico, bien es verdad) de redimir el urbanismo vasco con sus solas y propias fuerzas. Es fácil deducir que cuanto menos admite la Administración el grado de descentralización y de reparto de poder urbano que los actuales líderes de barriada solicitan, tanto más éstos tenderán a desplazar sus planteamientos del tercer movimiento ("acceso a la gestión") hacia el primero de ellos ("manipulación").

Condicionantes y Condiciones

Sin ánimo de ahuyentar los entusiasmos ni de recargar las tintas descriptivas, se puede concluir este diagnóstico del País con una serie de indicadores macro-sociales extraídos de los informes técnicos de la Cámara de Comercio de Bibao. La simple enumeración es más elocuente que todo otro tipo de consideraciones retóri-

cas. Distinguiremos estos indicadores en dos grandes tipos: los condicionantes de bienestar social y los condicionantes por los primeros.

a) Los condicionantes

- Las Administraciones Públicas: en este capítulo el trabajo de las "Tablas Input-Output del País Vasco" confeccionados por el Servicio de estudios del Banco de Bilbao llega a una conclusión fundamental: el exceso de ingresos sobre los gastos del Sector público en nuestra Región, lo que supone un ahorro del Estado que se materializará en la financiación de actividades públicas en otras zonas del Estado.

Este desfase es muy distinto en cada provincia, siendo muy elevado en Vizcaya y Guipúzcoa, donde el Estado "ahorro" el 42,05% y el 30,66% del total de ingresos corrientes, respectivamente, en 1972.

- Las inversiones industriales: Manteniendo aún una elevada participación en la inversión del conjunto estatal, esta participación va decreciendo sensible y sistemáticamente a partir de 1971, como puede comprobarse en la Tabla 1.

Tabla 1		Tabla 2	
% PAIS VASCO/ESPAÑA		% PAIS VASCO/ESPAÑA	
1971	22,0	1962	7,8
1972	22,0	1964	7,9
1973	15,9	1967	7,8
1974	18,1	1969	7,7
1975	18,1	1971	7,8
		1973	7,5

- El Sector terciario: El ritmo de crecimiento por el conjunto de actividades en la Región, si bien representa porcentajes muy estimables, no llega a alcanzar el correspondiente a la media nacional. La evolución del valor añadido bruto del sector terciario va, además, perdiendo terreno, frente al conjunto nacional, conforme a la Tabla 2.

Mientras que el crecimiento desde 1962 a 1973 ha sido, para España, de 606,9, para Vizcaya ha sido 572,3 y 549,3 para Guipúzcoa.

b) Los condicionados

- Índices de compra provincial: tres índices de capacidad de compra regional han sido confeccionados por Banesto para medir la capacidad de adquisición de 1) productos de uso y consumo común, caracterizados por su bajo coste unitario, 2) artículos fuertemente especializados. Es interesante comprobar el deterioro sistemático de la capacidad de compra provincial "per cápita" en cada uno de los tres índices:

INDICES PER CAPITA			
	1º	2º	3º
1965	1,06	1,17	1,24
1970	1,09	1,11	1,11
1973	1,05	1,08	1,09
1974	1,04	1,06	1,07
1975	1,01	1,03	1,03

-Distribución de la Renta: La renta por habitante que se obtiene en el País Vasco está muy por encima de la media española, pero el "reparto" de esta Renta presenta un carácter social extremadamente inquietante.

En lo que respecta a la distribución funcional de la renta, las remuneraciones de los trabajadores absorben un porcentaje de renta 4,3 puntos por debajo de la media española, siendo las diferencias más considerables en el caso de Alava (7,8 puntos menos que la media española) y Navarra (7,7 puntos).

Si a esta conclusión se le añade que el 77,1ª de la población ocupada en el País Vasco son empleados asalariados, y que en la media española dicho porcentaje solamente asciende al 67,7ª como se señala en el capítulo primero de las tablas I-0, se comprueba que la incidencia de las retribuciones salariales por trabajador en

nuestra región, siempre en términos relativos, es menor que en el conjunto español.

Ello no quiere decir que en términos absolutos las retribuciones sean menores, sino que la estructura funcional de la distribución de la renta, favorece con un mayor porcentaje de ella a los trabajadores asalariados a nivel de todo el Estado, que el caso del País Vasco.

Por el contrario, la participación relativa de la renta de la propiedad y la empresa es más elevada en nuestra región que en la media española, destacando Guipúzcoa con casi 4 puntos porcentuales por encima de la media nacional.

- El Medio Ambiente: Si dividiéramos los países del Mercado Común y de la EFTA en 300 regiones de igual tamaño, el País Vasco ocuparía el puesto 45 en importancia de emisión de anhídrido sulfuroso. Este grado de contaminación no reviste gravedad en Alava y Navarra, y sólo en puntos aislados de Guipúzcoa, alcanza en Vizcaya, y sobre todo, en el Gran Bilbao, cotas de gravedad considerables. Sólo en Vizcaya emitieron, en 1976 120.000 toneladas de anhídrido sulfuroso. Una idea más concreta de la gravedad de este problema se percibe recordando que la provincia de Barcelona (la provincia más emisora de SO_2 de España) emite al año 23 toneladas por Kilómetro cuadrado, mientras que Vizcaya emite 47 y, en el Gran Bilbao, esta cifra supera las 100 toneladas/año/ Km^2 . Los ríos Nervión en Vizcaya, Urola y Oria en Guipúzcoa son las mayores víctimas de una contaminación de aguas sin comparación en todo el territorio español.

El País Vasco, en definitiva, se encuentra en la actualidad sometido a una discriminación por parte de la Administración Central, a un deterioro de su dinámica inversora industrial y de servicios, a una discriminación de su capacidad de compra per cápita, a una degradación de su medio ambiente y a una injusta repartición de la renta per cápita generada en el País.

Si la sentencia de Shakespeare no fuera excesivamente trágica, la haríamos nuestra para concluir que: en el País Vasco algo huele a podrido.

En este marco aparatosamente negro y pesimista de la sociedad vasca cuyos deterioros estructurales los analistas vascos habían comenzado a poner de manifiesto ya a comienzos de los años 70, se inserta la situación sociopolítica con unas características acusadas entre las que podemos destacar las siguientes:

1) La superación del trauma bélico con su secuela de fusilamientos, exilios, discriminación social y represión policial, que siguió a la guerra civil.

El olvido a los muertos, la recuperación de una cierta calma social, y confort económico y la posibilidad de una posible "vuelta a empezar", comenzó a despertar la conciencia del activismo social.

Al pánico de la muerte por guerra militar siguió el pánico a la muerte por inanición política.

2) El debilitamiento operativo y logístico de un Gobierno vasco en el exilio sin recursos económicos, sin recursos políticos, cada vez más viejo, cada vez más lejano, cada vez más histórico.

3) El afianzamiento de un sistema político en el que estaban a punto de naufragar definitivamente el símbolo más ancestral de la cultura vasca: el EUZKERA; la reorganización de la Administración histórica: Juntas y Diputaciones; la devolución de la Administración económica: Conciertos y FUEROS; la primacía de Euzkadi sobre la primacía de la Provincia del Centro.

4) El injerto migratorio de no vascos que amenazaba con la desaparición de la conciencia colectiva vasca por la dinámica interna, la repetición del miedo sabiniano (cifras asombrosas: Pueblos donde más del 65% eran

inmigrantes Basauri, Ermua, Santurce, Pasajes, Rentería...).

Crearon, en círculos limitados, primero, (del 55 al 65) la conciencia del naufragio colectivo total del Pueblo Vasco. Surgió así un movimiento mesiánico, de carácter macabeo que acabaría por convertirse en protagonista de la historia vasca moderna. Su carta fundacional era simple, nacionalista y, sobre todo, fundamentalista, la liberación de Euzkadi: ETA: EUZKADI TA ASKATA-SUNA.

1. La crisis industrial del XIX, cambió sustancialmente Euzkadi, pero reavivó sus memorias colectivas.

2. La crisis política de las guerras carlista provocó la pérdida de fueros que reavivó en conciencia colectiva de pueblo en lucha.

3. La crisis militar del 36, suspendió los conciertos económicos pero reavivó la institución política del Estado Vasco.

4. La crisis de la dictadura, desmanteló la capacidad organizativa institucional, pero dió lugar a la guerrilla institucional: ETA.

Sus planteamientos básicos eran simples:

1. O TODO O NADA

2. Si no nos devuelven lo nuestro a buenas, lo harán a las malas.

Con todo el protagonismo que ETA ha personificado y personifica todavía en la vida social de Euzkadi, coexisten otras fuerzas sociales que hacen que ETA no sea ni la única ni siquiera la más importante fuerza sociopolítica de Euzkadi.

Subsiste y es rigurosa la tradición de la derecha, que se siente plenamente española, lo mismo en su vertiente liberal que conservadora.

Subsiste y es no menos rigurosa la tradición de la izquierda, tanto en su vertiente socialista como comunista.

Existe la presión social del pueblo inmigrante, socialista o no, sin insertarse todavía en el juego sociopolítico del País.

Existe, también, el grupo marxista minoritario y nacionalista de EE, y, sobre todo, el grupo más compacto y extenso de todo el País formado por el núcleo nacionalista, no marxista, del PNV.

II. LA SUPERESTRUCTURA IDEOLOGICA

Clientelas Programáticas

En este marco infraestructural de la evolución socioeconómica y administrativa del País Vasco en franco proceso de desaliento y desasosiego social, se desarrolla todo un mundo de actitudes y posicionamientos ideológicos que dirigen de forma fanática unas veces, de forma ilustrada otras, el sentir y el comportamiento sociopolítico de los vascos.

Ante el ingente cúmulo de problemas sociales y de alternativas (tanto infraestructurales como supraestructurales) que intentan por abrirse camino en la reorganización de la vida social del País, es imposible entender la mayoría de los procesos sociales que hoy están ocurriendo en el País Vasco sin acertar previamente a interpretar las fórmulas ideológicas que guían este "sentir y este comportamiento de los vascos".

Cada persona elabora -consciente o inconscientemente- su propio programa de conducta, y los demás individuos sólo por aproximación pueden participar en su programa personal. Ni todos defienden los mismos valores ni los sostienen con el mismo énfasis. Inevitablemente, sin embargo, existen grupos de población que defienden

los mismos valores, defienden parecidos intereses y propugnan políticas de solución a los problemas y de comportamiento muy semejantes entre sí. Estos grupos de población, homogéneos en su definición de la situación social, se adhieren a la bandera política que, a su juicio, defiende y gestiona con mayor garantía su programa social y se constituyen en su clientela política.

La situación socioestructural del País Vasco, en raya de salida a la democracia y la Autonomía, presenta dos interrogantes centrales a quien quiera interpretar el dinamismo social de la vida vasca.

¿Qué paquete de intereses y valores contienen las clientelas políticas del País Vasco, esto es, cuáles son sus programas ideológicos?

¿Qué grupos de población -cualitativa y cuantitativamente- lo defienden?

No hablamos aquí de los programas elaborados por los diferentes partidos políticos, que acaban de salir del torbellino electoral de las últimas confrontaciones a que se ha visto sometido todo el Estado español, sino de los programas personales de sus clientelas políticas, es decir, de las actitudes centrales y básicas que guían el sentir y las actitudes de los vascos.

Estas actitudes, lejos de representar recetas de solución o posturas individualizadas ante problemas concretos y singulares, son principios ideológicos y actitudes fundamentales que condicionan y guían todo el comportamiento ulterior de las personas como ciudadanos privados y como soportes públicos de la vida política. Mas importantes que las opiniones concretas, ante cada problema social o cultural, son los planteamientos básicos con que las personas afrontan tales problemas.

El conocimiento de estas alternativas centrales es anterior al conocimiento del signo concreto de su elección. Sin conocer cuáles son los planteamientos, resultan

aparentemente inexplicables las contradicciones que se descubren en las actitudes y las posiciones personales y colectivas ante situaciones y problemas concretos.

Sólo cuando dos personas o grupos sociales plantean un problema desde el mismo ángulo y con las mismas perspectivas (Kant diría que con las mismas categorías mentales) es posible hablar de un entendimiento entre ellos, no obstante las opciones contrapuestas que adopten ante un mismo problema concreto. Si los planteamientos básicos de los vascos son diferentes el diálogo social, cultural y político es imposible, aunque pueda existir en puntos concretos una mayor o menor coincidencia de alternativas. El punto crucial, desde este punto de vista es, entonces, el siguiente: ¿Tienen los vascos alguna serie de valores centrales que facilite o, al menos, posibilite su convivencia social, o se encuentra la sociedad vasca en una situación de anomía ideológica tal que la convivencia sea imposible porque "aquí no hay quien se entienda"?

Las clientelas sociales

A la vista de los análisis infraestructurales y de los comportamientos políticos y callejeros que en los dos últimos años se han manifestado en todo el País Vasco, se puede llegar a la conclusión, no por discutible superficial, de que los vascos parecen presentar nueve planteamientos ideológicos básicos que guían la mayor parte de su conducta social. No todos los planteamientos tienen la misma incidencia en la vida social por su influjo en los diferentes aspectos de la vida vasca, ni todos son adoptados por igual número de ciudadanos vascos. Ni siquiera puede decirse que sean los nueve totalmente independientes entre sí, aunque ciertamente sean mutuamente irreductibles. Lo interesante, de todas formas, es constatar que representan "claves de interpretación" para el comportamiento de los vascos y que cada uno de ellos aporta una "dimensión ideológica nueva y

crítica en la superestructura que legitima" la vida social de los vascos.

El Maniqueismo de Jano

Toda la vida social de los vascos atraviesa forzosamente su rutina cotidiana por debajo del dintel de Jano, con una de sus caras vuelta hacia la paz y la otra hacia la guerra. En lugar de las viejas dicotomías que escindían la vida política vasca entre consevadores y liberales, entre derechas e izquierdas, entre clericales, entre progresistas y tradicionalistas, la vida social de los vascos está marcada por la alternativa que obliga a tomar postura en favor o en contra de la violencia, entre el conmigo o en contra mi, entre el radicalismo de la rendición sin condiciones, de la lucha hasta el final, de la intransigencia y el puritanismo por un lado, y el pactismo, el saber ceder, el saber esperar y tratar de conseguir las cosas escalonadamente, por otro.

Es un planteamiento que, más que la clásica división entre halcones y palomas, obliga a dividirse a los vascos entre partidarios de la tenacidad de la guerra y partidarios de la tenacidad del trabajo. La importancia de esta dimensión social estriba en el hecho de que la actitud misma de paz o de guerra, de intransigencia o de ultraísmo, sea más importante que la temática en sí misma; que cualquier problema escinda la opinión pública, al margen de su contenido interno, por una predisposición indiscriminada hacia el extremismo o la moderación. La alternativa violencia-moderación obliga a tomar una postura personal ante problemas políticos, lo mismo que económicos, administrativos y ecológicos.

El Comunalismo Popular

El éxito de la revolución industrial ha sido asimilado por los vascos, entre los que la persuasión generalizada de que existen los medios, los recursos y los organismos capaces de satisfacer necesidades secularmente insatisfechas, ha dado lugar a un movimiento nuevo

de reclamación de derechos civiles básicos. El industrialismo ha demostrado ser un mecanismo de crear riqueza en proporciones jamás imaginadas en la historia; ahora falta que tan fabulosa máquina de bienestar sea patrimonio de todos. Puede tolerarse que el trabajo no llegue para todos, pero es intolerable que alguien pueda verse privado de su derecho al consumo. La comunidad debe garantizarle un modo de vida satisfactorio. El Estado Welfare es ya un derecho cívico.

El gran enemigo de la sociedad opulenta creada por el industrialismo es el secuestro por unos pocos del bienestar posible para muchos. Se deben fomentar los equipamientos colectivos que posibiliten el consumo generalizado y masivo.

El derecho al consumo lleva implícito el derecho a la participación. Si la evolución industrial ha generado la preeminencia social y la política de la tecnocracia, dueña de las grandes máquinas de decisión estatales y empresariales, ha dado lugar paralelamente a un clamor popular por el reparto de ese mismo poder tecnócrata. La expresión de esta aspiración colectiva consciente de que el derecho al consumo se garantiza en los órganos de decisión, se ha plasmado en la exigencia de un derecho a la participación. Derecho a la información pública, a la consulta pública, a la codeterminación colectiva. Se trata de una auténtica revolución participativa paralela a la revolución de los managers. El comunalismo popular limita su campo de acción a determinadas situaciones sociales, su aplicabilidad es menos universal que la de la alternativa moderación-violencia, pero, en contraposición, su aceptación por parte de la población es más extensa y generalizada.

El Extremismo del Centro

La expresión es del sociólogo francés Alain Touraine y alude a la tendencia, albergada por las clases medias, a defender el statu quo social, no obstante su simultánea proclividad a propugnar la renovación y el cambio progre-

sivo en objetos concretos de la vida social. Este extremismo se exagera y aparece con virulencia siempre que se advierte una ligera amenaza al funcionamiento general del aparato social existente.

Parece como si la aparición de minorías asalariadas e intransigentes, de corte revolucionario, provocase en todo el cuerpo social una actitud no menos intransigente de alerta y de autodefensa semejante, en cierto sentido, a la creación de un anticuerpo social profiláctico para la supervivencia del sistema. Es un extremismo del centro o una insistencia desproporcionada de la centralidad.

Nos encontramos aquí con un incipiente extremismo del centro al que, aparte de la actitud moderación-ultraísmo, hay que interpretar como un mecanismo de defensa social puesto en marcha como respuesta a otro mecanismo de ataque así mismo ya en funcionamiento. Esta actitud de alerta, frente a la amenaza al statu quo, no debe entenderse exclusivamente como fenómeno político en su causación o en su reflejo, sino simplemente como una alteración de la correlación de fuerzas presente y la reacción social de todo el sistema para mantener su supervivencia.

La Defensa Sindical

El welfarismo participativo que, en realidad, se acerca a los postulados autogestionarios de la democracia directa, no excluye la existencia de una dimensión de la democracia reivindicativa, la de la defensa sindical. La exigencia de una mayor participación no es incompatible con una fe sindical, que sigue dando un voto de confianza a las organizaciones sindicales como genuinamente interesadas en el bienestar de los trabajadores, aunque a veces cedan a la presión de las consignas políticas de sus partidos soporte.

Confianza sindical, por otra parte, ajena a todo fanatismo de la liquidación, que ve en el sindicato un

competidor no desleal de la dirección empresarial. Razón por la cual, el sindicato es visto como el canal más importante de la comunicación entre intereses contrapuestos. La defensa sindical, organizada y regulada, de los intereses colectivos está presente en la vida social como un factor importante de comportamiento.

La Promesa Socialista

El componente del socialismo está presente en la vida social del País Vasco, aunque su impacto es sensiblemente menor en el conjunto de la convivencia de lo que se podría pensar a juzgar por sus reflejos políticos y sindicales. Existe una actitud socializante de la vida, diferente de la participación welfare y que no se contrapone ni siquiera se solapa con ella.

El componente socialista hay que entenderlo como una dimensión de idealización del socialismo como mecanismo de paz social, a la que se llegaría, según los promotores de esta actitud, por medio de la socialización de las herencias, por un abandono del apoyo político al gran capital y por una proletarianización ideológica de las clases medias.

Los oponentes de este planteamiento socialistizante parecen serlo más de su misma idealización y de la aceptación en bloque a cada uno de sus elementos concretos. Es decir, no se cuestiona el socialismo ni a favor ni en contra, sino que lo que se discute es si el socialismo es una solución ideal a recibir sin reparos o es un programa con abundantes vías de agua capaces de obligarlo a naufragar socialmente.

Se trata, en definitiva, más del deseo latente de alternativa al actual estado de cosas que de una asimilación del contenido mismo del socialismo. Todo parece indicar que este programa refleja una aspiración colectiva de cambio social, más por su saturación de un estado de cosas insatisfactorio que como una tabla de reivindi-

caciones concretas, esto es, más como una promesa vaga que como un plan concreto de actuación.

Se trata, en realidad, de una clientela que opta por la promesa socialista en lugar de recurrir al extremismo del centro, aunque, en ambos casos, se trate de clientelas y de programas sociales insatisfechos por la crisis presente del sistema social.

Liberalismo Económico Pequeño Burgués

Frente a la alternativa socialista y sin que ello signifique precisamente una oposición frontal a todas las soluciones de aquélla, existe una actitud que refleja la aceptación o rechazo de lo que se ha denominado como la actitud clásica del liberalismo económico pequeño burgués, que confía en la iniciativa del individuo, desea premiar su esfuerzo personal y su talento emprendedor.

Frente al comunismo popular, que parte del supuesto de un confort posible, usurpado por unos pocos, y que debe ser redistribuido y repartido entre todos, el planteamiento del liberalismo económico pequeño burgués parte del supuesto de que, sólo a base de trabajo y la iniciativa de los individuos, puede esperarse superar la amenaza de la escasez y puede asegurarse el confort de la mayoría.

Esta clientela política defiende y es partidaria de la iniciativa y del esfuerzo individuales, reclama que se premie más al que más trabaje y que no se confunda iniciativa y riesgo con alienación y explotación. El liberalismo de la pequeña burguesía rechaza la igualitarización de salarios que no reconoce la diferente cualificación y profesionalización. Es defensor nato del pequeño negocio y de la pequeña y mediana empresa. Tolera, tal vez, la socialización de las grandes empresas y del gran capital, pero no la del pequeño empresario con su capacidad de iniciativa, libertad individual e independencia.

La Economía Social del Mercado

No menos representada que el socialismo y el liberalismo pequeño burgués, está representada entre los vascos la ideología de la economía social de mercado de que tanto presume el neocapitalismo moderno. Su persuasión fundamental consiste en creer que, si el capitalismo nacionalizara algunas empresas y diese un grado mayor de participación a los obreros en la dirección de las empresas, no habría sistema que pudiera hacerle competencia en el mundo moderno.

Este planteamiento de muchos vascos es enemigo del socialismo por su ineficacia económica y su cáncer congénito del burocratismo. No menos adverso es del programa autogestionario, al que no concede operatividad en los grandes complejos industriales que hoy necesita la economía de mercado. La democracia directa es, para los que mantienen este planteamiento, una pura utopía económica empresarial.

La clientela del programa partidario de la economía social de mercado es diferente de la clientela que apoya la promesa socialista y no menos diferenciada de la que se aferra al programa del liberalismo económico si es fácil distinguir en la evolución histórica del capitalismo estas dos tendencias económicas, no es extraño que las encontremos en sociedades como las del País Vasco con sus correspondientes clientelas de partidarios de sofomiento.

Internacionalismo Económico

Más que de una actitud o postura de predisposición se trata, en este planteamiento, de un juicio sobre el funcionamiento del mundo económico moderno. La polémica de las multinacionales, la autonomía económica, la nacionalización de la banca, son algunos de los principales indicadores de esta opinión sobre el funcionamiento de la sociedad postindustrial.

La autonomía, por ejemplo, es para estas clientelas una ventaja política pero una contrabaza económica. Este planteamiento es de los que ejerce menor influjo en las actitudes sociopolíticas de los vascos, tal vez porque es una temática que escapa a la mayoría de los ciudadanos, que no acierta a captar los efectos económicos de una u otra alternativa de las que ofrece la economía moderna.

Pragmatismo Ecológico

Es de sobra conocida la irrupción de los grupos ecologistas en el mundo de los grupos políticos, y no menos conocida es la virulencia con que el tema de la contaminación del aire y del agua ha sido debatida en el País Vasco, sobre todo a raíz de la disputa nuclear.

La publicidad y la agresividad que ha acompañado a esta polémica en el País Vasco podría inducir a creer que existe una actitud marcadamente ecologista y antinuclear entre la población. El tema ciertamente interviene y afecta a otras dimensiones de la vida pública, pero, junto al programa estrictamente ecologista, coexiste un cierto escepticismo que sospecha de ciertos intereses o estima exagerados los comentarios en torno a la amenaza nuclear.

La actitud pro-anti ecologista, sin embargo, está más cargada de pragmatismo industrial que de idealismo social. Los partidarios del planteamiento antiecológico temen y se oponen a la contaminación atmosférica, pero la aceptan, si se toman medidas de control y vigilancia eficaces, como un precio a pagar por el desarrollo y el confort industriales. El pragmatismo reviste ciertos tintes de tremendismo, al destacar que, después de todo, ambas alternativas son crueles, a saber, la contaminación o el paro, y en esta coyuntura, la clientela pragmática estima que es mejor tener trabajo con aire algo contaminado que estar en paro por cerrar las empresas que contaminan.

El pragmatismo ecológico se presenta como un freno, más bien a la demagogía ecológica que a cualquier política de control sobre los focos de contaminación. La población vasca parece verse resignada a pagar un precio indeseable para el que no tiene alternativas de redención.

El impacto social de estos programas ideológicos difiere ampliamente, por su extensión, entre los vascos dando lugar a clientelas mayoritarias y minoritarias, así como por su influjo social, dando lugar a clientelas específicas de influjo sectorial y parcial, y a clientelas generalizadoras cuya influencia se advierte en grandes aspectos de la vida social.

Los programas socioeconómicos representados por el internacionalismo económico y la economía social de mercado, cuentan con una clientela específica y, al mismo tiempo, minoritaria, al margen, relativamente, del resto de la problemática social del País.

El extremismo del centro, el liberalismo económico y la promesa socialista, contando asimismo con unas clientelas minoritarias entre la población, extienden su campo de acción a un radio más extenso de problemas, situaciones y valores sociales.

Estas cinco clientelas, con partidarios tanto a favor como en contra de cada una de ellas, giran todas en torno a la aceptación o el rechazo del sistema económico político de la sociedad vasca. El punto común e interesante de todas estas cinco clientelas es que todas ellas representan sectores minoritarios de la población.

Existen dos clientelas, sin embargo, que son, a la vez, mayoritarias y reducidas a una problemática específica y concreta. Estas dos clientelas son la clientela del sindicalismo y la del pragmatismo ecológico. Pero los dos grandes programas sociales del País Vasco están representados por otras dos clientelas programáticas,

ambas mayoritarias y ambas de influjo universal en la vida social de sus habitantes.

La primera y más numerosa clientela está constituida por los partidarios del comunismo popular que reclama urgentemente una participación de las bases populares y por una deselitización de los sistemas de información, de consulta y de decisión en cuantos organismos y sistemas trabajan por el progreso y el bienestar de la sociedad.

Esta clientela, mayoritaria como ninguna, que trasciende a ámbitos tan dispares como la escuela y el ayuntamiento, la empresa y el sindicato, contiene todo un programa social de socialización de la gestión pública, que los vascos consideran más importante y necesaria que la socialización de la propiedad o el control de los medios de producción. Socialización de la gestión que, en definitiva, no es otra cosa que la garantía social de la subsistencia y del bienestar social.

La segunda gran clientela, mayoritaria y generalizadora, es la clientela renuente al radicalismo y a la violencia: la clientela de la no violencia, del antiradicalismo, del cambio social progresivo, de la protesta controlada, de las exigencias políticas escalonadas, de la justicia política y social sin golpismos ni exasperaciones.

La ideología de la antiviolenencia, o de la violencia controlada, afecta y abarca a todos los campos de la vida privada y pública tales como la autodeterminación política, el orden público y la propiedad privada, las manifestaciones de protesta y los atracos o impuestos revolucionarios.

La sociedad vasca, en definitiva, está compuesta en su inmensa mayoría por partidarios de la violencia moderada para el fomento del cambio social y partidarios así mismo de la socialización de la gestión y del comunismo popular, sin distinciones de temas, problemas o

esferas de actuación. La mayoría de los vascos, además, son propensos al pragmatismo en el campo de las luchas sindicales y en el moderno campo de la defensa ecológica del medio ambiente.

Dentro y formando parte de este tronco común de la sociedad vasca, existen cinco minorías que solapan mutuamente sin identificarse del todo entre sí, que son susceptibles de pactos parciales entre sí, y al mismo tiempo, se enfrentan mutuamente llevados por ideologías y posturas sociales contrapuestas. Estas cinco ideologías minoritarias sólo consiguen convencer a sus respectivas clientelas minoritarias, y son las que propugnan el internacionalismo económico, la economía de mercado, el liberalismo económico pequeño burgués, la alternativa socialista y, finalmente, la defensa a ultranza del statu quo actual.

Todo inclina a pensar que estas ideologías parciales y minoritarias están, a su vez condicionadas por las dos grandes ideologías básicas, centrales y mayoritarias del comunismo popular y de la violencia moderada, que se convierten así en el núcleo ideológico, central y común, que posibilita la convivencia social de los vascos.

El Sentimiento Autonomico

Un calderón final que concluya estas líneas se refiere forzosamente al sentimiento autonomico de la población vasca. El raigambre de este sentimiento y su confirmación pública en la última confrontación electoral del primero de marzo hacen superfluos todo intento de revelación y de manifestación de este elemento de la vida social de los vascos. Sin embargo, no es fácil reducir a una terminología precisa como se necesita para medir su alcance y su profundidad.

Como todo sentimiento que trasciende lo estrictamente cultural para invadir el campo de lo económico y lo político, el autonomismo es un sentimiento complejo de

aspiraciones, recuerdos, definiciones, planteamientos teóricos e ideológicos, frente a realidades así mismo complejas y difusas.

Para evitar perdernos en un juridicismo terminológico de carácter administrativo, usaremos una operacionización de carácter popular que refleje el planteamiento autonómico en los mismo términos de rutina cotidiana con la que lo vive el mismo pueblo. Es decir, entendemos el concepto de autonomía con la precisión, harto gruesa e imprecisa, pero también la única real y operativa, con la que lo usa la mayoría de los habitantes del País Vasco.

La autonomía es concebida e interpretada como una vuelta histórica, de naturaleza muy semejante al Exodo de los judíos. Cualquier otra consideración pierde fuerza ante este planteamiento sociopolítico que sólo da lugar a planteamientos secundarios de estrategia y de metodología, que se sumergen y se entrelazan con los nueve planteamientos generales ya descritos. Sólo el objetivo final de la restitución y del rescate nacional se presenta como algo innegociable.

Su contenido, sin embargo, dista mucho de ser común, y es susceptible de hasta seis niveles de contenido, que van desde la independencia lograda a través de la lucha armada, pasando por la independencia lograda por la vía parlamentaria, la autonomía política y económica, la autonomía simplemente administrativa, la descentralización regional, hasta entenderse como una simple delegación de atribuciones. Esta séptuple definición es más teórica que real, por cuanto el grueso de la mayoría popular tiene una opción diáfana que se identifica con la autonomía políticoeconómica, flanqueada por una minoría independentista por un lado y por una minoría centralizante y desautonomizadora por el otro.

Lo cual significa llana y simplemente que la mayoría del pueblo vasco se mueve en un espacio sociopolítico de tres coordenadas o ejes fundamentales, que son: La moderación y la no violencia, el populismo y no el

elitismo y, la autonomía política frente a la guerra central o de secesión.

Estas tres coordenadas, lejos de representar una tendencia vectorial equivalente al "cuanto más mejor", contruyen un punto o coyuntura tridimensional en los que se coloca la mayoría del pueblo vasco. Lejos de entender que "cuanta más moderación mejor" "cuanto más populismo mejor" o "cuanta más autonomía mejor", es precisamente el enfatizar una (o todas) las dimensiones hasta el extremo, lo que caracteriza a los diferentes partidos minoritarios de Euzkadi, frente al énfasis en el acercamiento a un punto tridimensional óptimo el que construye los grupos políticos mayoritarios.

Se quiera o no, la búsqueda de este punto óptimo es uno de los mayores retos que hoy tiene el pueblo vasco y es hacia él hacia el que cuerpo social tiende irresistible en un afán colectivo de preservar la "comunidad defendida".

Bilbao, Marzo 1981